

Dossier



El Dr. Jose Gregorio Hernández Cisneros llega a tu casa
Richar Villegas
Colección propia

ESPÍRITU Y CIENCIA: EL HALLAZGO DE LA VOLUNTAD DIVINA

*Luis Javier Hernández Carmona**

RESUMEN

El planteamiento central de esta intención argumental, redundante en el acercamiento ontosemiótico que postula la trascendencia de José Gregorio Hernández Cisneros en función de la homología entre espíritu y ciencia, a modo de planos enunciativos para situar su devenir existencial en la triada: Dios-voluntad-hombre misericordioso. Una visión que posibilita la inserción de ejes referenciales más allá de las convencionalidades de científico, médico o beato, para interrogar al humano ser desde la esencia filosófica a transfigurarse en voluntad para alcanzar un excepcional propósito de vida, ejemplarizado con la caridad, vocación de servicio, entrega al prójimo y, por sobre todas las cosas, la demostración de una fe inquebrantable que lo lleva a transitar por los caminos de la santidad. Para conjuntar todos los matices de tan complejo universo significativo, he convenido en la denominación Caballero de la fe, al asumirlo como un mediador entre lo sagrado y lo terreno, plenamente convencido que la presencia divina habita en el sujeto, y hallarla, significa una conexión con lo suprasensible, el lugar de encuentro del oferente con la deidad para alcanzar el éxtasis místico

* Profesor Titular de la Universidad de Los Andes- Venezuela, Núcleo Universitario "Rafael Rangel" Lic. Educación Castellano y Literatura, MSc. Literatura Latinoamericana, Dr. Ciencias Humanas. Miembro Correspondiente Academia Venezolana de la Lengua. Coordinador Laboratorio de Investigaciones Semióticas y Literarias (LISYL). E_mail: hercamluisja@gmail.com

Recibido: 26/02/2021

Aprobado: 23/03/2021

o espacio del autoreconocimiento en la esencia del espíritu, el origen por excelencia de todas las causas justas y nobles.

Palabras Clave: *voluntad, espíritu, ciencia, fe, trascendencia.*

SPRIT AND SCIENCE: FINDING DIVINE WILL

RESUME

The central approach of this argumentative intention, results in the ontosemiotic approach that postulates the transcendental nature of José Gregorio Hernández Cisneros based on the homology between spirit and science, as enunciative planes to place his existential becoming in the triad: God-will- merciful man. A vision that enables the insertion of referential axes beyond the conventionalities of a scientist, doctor or pious, to interrogate the human being from the philosophical essence to transfigure itself in will to achieve an exceptional purpose of life, exemplified with charity, vocation of service, dedication to others and, above all things, the demonstration of an unwavering faith that leads him to walk the paths of holiness. To bring together all these nuances of such a complex significant universe, I have agreed on the denomination of Knight of the faith, to assume him as a mediator between the sacred and the earthly, fully convinced that the divine presence dwells in the subject, and finding it means a connection with the supersensible, the meeting place of the offerer with the deity to reach mystical ecstasy or place of self-recognition in the essence of the spirit, the quintessential origin of all just and noble causes.

Key words: *will, spirit, science, faith, transcendence.*

...Nuestra voluntad es, para nosotros mismos, muy bien conocida; pues ni siquiera sabría que yo quiero, si no supiera qué es la voluntad misma. Así pues, la voluntad se define de este modo: la voluntad es un movimiento del espíritu, en ausencia de coacción, para no perder algo o para conseguirlo...

San Agustín

INTRODUCCIÓN

La figura de José Gregorio Hernández Cisneros representa todo un símbolo de convicción hecha propósito de vida, en la cual, la voluntad es elemento determinante al momento de emprender cualquier acercamiento sobre esta compleja figura diversificada en tres grandes dimensiones: científica, médica y mística. Dimensiones reconciliadas en la esencia de un espíritu de excepción que consagró su existencia al servicio de Dios como principal regente de su pensamiento y acción, llegando a crear un admirable celibato que sin las requisitorias institucionales lo envuelven en el más profundo hálito de santidad. De hecho, por naturaleza ejemplar es santo en la singularidad de las acciones terrenas, devoción mística y cumplimiento incondicional de los preceptos de la Iglesia Católica a quien se debió en cuerpo y alma. De esta forma, su concreción simbólica no se debe a una dimensión en particular, sino a la conjunción significativa de cada una de ellas en un mismo centro simbólico, lo cual procura una iconicidad extremadamente compleja que hoy día, con motivo de la beatificación, implica una serie de referencialidades que en un momento determinado puedan distorsionar o suplantar el sentido natural del ícono, tal es el caso del sombrero y su emblematicidad con la idiosincrasia venezolana y vinculación popular con el 'paisano' mediante una ciudadanía mística.

De este desplazamiento del sombrero a la aureola comienza a generarse un interesante campo semiótico a desarrollar en otra oportunidad, pero es preciso dejarlo planteado, pues en la supresión de elementos puede apreciarse la generación de nuevos sistemas de representación en cuanto a la transformación de los íconos, que en el caso de la figura de José Gregorio Hernández, Cisneros debiera procurar condensar la visión del feligrés y no sólo de la verticalidad institucional sea de la naturaleza que fuere, pues de esta forma van a crearse indiscutiblemente parcelas con una tendencia profusamente ideológica, dejando a un lado la esencia espiritual tan característica en el santo de sombrero y pulcro vestir. En función de ello, la polifiguración significativa debe apuntar hacia una asombrosa conciencia de lo sensible-trascendente y no simple casualidad o designio estrictamente divino. Insisto, es la interpretación de la divinidad desde el hombre consustanciado en su esencia existencial, desdoblado en una mirada excepcional para perci-

bir la pureza natural encarnada por el Ser que ha trascendido a través de su filosofía de vida, la cual, para efectos de esta intención argumental, pudiera formularse bajo la *práctica de servir para reconocer los principios divinos en el sí mismo*.

Este reconocimiento del otro como complementariedad, abre los caminos de la santidad al darle a la vida una eticidad sensible que parte del sujeto mismo para luego corresponderse con los principios fundamentales de la deidad. Una forma de apostolado que en creces supera cualquier vocación sacerdotal convertida en simple oficio de supervivencia, por demás es conocida la intención de Hernández Cisneros de entregarse a la vida religiosa pero sus condiciones físicas se lo impidieron. Aun así, la fe continuó acrecentándose con el paso del tiempo y la multiplicación de su obra en favor del prójimo, en su proximidad con el sufrimiento, angustia y necesidades de los menos favorecidos.

Con esta apreciación, intento hacer énfasis en la grandeza y trascendencia de un Ser de excepción que con su esencia espiritual, creó un sistema de representación tan sublime que no puede diluirse bajo las pretensiones ideológicas o las intenciones acomodaticias de los discursos del poder, según intereses institucionales que intenten establecer estancos entre una dimensión y otra, para cercenar la pluralidad significativa, desvirtuar la existencia consagrada a los más genuinos dictados de una filosofía voluntarista en busca de Dios como verdad fundamental de los hombres. Ante esta amenaza de la sociedad del espectáculo, insisto en la diversificación de la voluntad en diferentes órdenes de la vida y obra de Hernández Cisneros, propongo la homología entre *espíritu y ciencia como hallazgos de la voluntad divina* a modo de configuración de un su tránsito terreno, en función de los más sólidos principios cristianos; variables a constituir una iconografía muy difícil de representar físicamente, porque implica la dialéctica existencial a manera de universo simbólico a complementarse con el paso del tiempo y evolución de las circunstancialidades enunciativas.

En función de esta homología postulo una denominación: la *HumanoCiencia*, para catalogar la conciencia del interpretante sobre la importancia de la subjetividad trascendente en el ejercicio científico e impregnarlo de sabiduría sensible, profundamente humana, para hacer

de la ciencia un principio de acercamiento al otro, que en el caso de Hernández Cisneros, es el medio para aproximarse a Dios y convivir con él desde los predios terrenales. De esta forma la vida adquiere un sentido ceñido a una voluntad como convicción y no imposición, para hacer del dogma, una lectura del sujeto consustanciado consigo mismo y la deidad en el éxtasis vinculante de los tiempos primordiales con los presentes de evocación, mediante la palabra a modo de concreción de los principios sustentantes de la resignificación de la deidad en cada uno de los momentos cotidianos donde se mueve el oferente.

Toda esta compleja madeja significativa la he convergido en uno de los principios cristianos más genuinos como es la *fe*, para catalogar a José Gregorio Hernández Cisneros, *Caballero de la fe*, asumida ésta en función de las propuestas del filósofo danés Sorën Kierkegaard sobre la hibridez excepcional de lo ordinario y lo extraordinario devenida de la ‘reflexividad subjetiva’ que supera toda inmediatez o sesgo argumental, al diversificarse en la plenitud deparada por la filosofía de vida en su interpretación de los acontecimientos vitales, por demás trascendentes que permiten reactualizar los estamentos científicos en función de lo humano.

Caballero de la fe, porque José Gregorio Hernández Cisneros manifiesta un amor incondicionado a Dios, para luego proyectarlo al prójimo y cristalizar en él la voluntad de servir y otorgar la mayor ofrenda a la deidad por medio de la materialización de su práctica cristiana con hechos reales y concretos. En este sentido, la fe es principio de trascendencia y reconocimiento en la particular filosofía de vida impulsada por Hernández Cisneros, filosofía de la cotidianidad para reflexionar sobre la conversión del *hombre rústico* en *espíritu cultivado*, profundamente reflexivo, convencido de sus potencialidades reflejadas en los preceptos divinos a hacerse realidad en los planos terrenales bajo logros concretos; más aún, orientado a mitigar el dolor y sufrimiento del otro, llevar aliento al necesitado para servir de compañía en la sanidad corporal y el auto-reconocimiento espiritual a modo de proyección divina.

Vista desde este ángulo argumental, la figura de José Gregorio Hernández Cisneros está enmarcada en la polifiguración ontosemiótica a partir de la convergencia de diferentes campos simbólicos, que van

a adquirir por separado, una justa dimensión significativa, de la misma manera, pueden interactuar como mecanismos de interpretación sumados a un centro de inagotable referencia cuando las metáforas del espíritu se hacen presentes en los espacios de la enunciación para ir más allá de la simple literalidad y abordar la esencia del hombre y sus contextos. He aquí, la oportunidad para convocar al hombre en su esencia, al *Caballero de la fe*, para que en estos tiempos de pandemia, guerra y migración, sirva de ejemplo para recuperar la esperanza de una humanidad menos cosificada y más cerca de la vocación del hombre por manifestarse *Humano Ser* y no simple marioneta accionada por los resortes de la sociedad del consumo y el desapego.

ESPÍRITU Y ESENCIA, EL PRINCIPIO FUNDANTE

A cada momento surgen nuevas interpretaciones alrededor de la emblemática figura de José Gregorio Hernández Cisneros, con ellas, la oportunidad de revisitarse una obra monumental escrita en diversos planos que van del dogma religioso a la cotidianidad que abraza al doliente en busca de alivio frente a las adversidades de la vida, o más bien, de las inequidades surgidas de la hegemonía de los discursos del poder regidos por los grandes consorcios diversificados en lo económico, político, comunicacional, cultural, social. Son diversas las denominaciones bajo las cuales ha sido etiquetado Hernández Cisneros: siervo de Dios, venerable, médico de los pobres, beato, e intentar catalogar su vida y obra en función de la actividad realizada, y de todas ellas escapa siempre algo para hacerlas determinadamente concluyentes, porque existe un hálito místico que otorga el don especial para desbordar las sensibilidades, aun en los más rigurosos ambientes académico-científicos, hasta llegar al corazón agradecido de su pueblo al llamarlo 'mano goyo', una muy usada forma enunciativa para sentirlo en la cercanía cotidiana, sin títulos ni refulgencias divinas, sino el hermano que protege, alienta y cura¹. La instancia sentida a través del apelativo afectivo y familiar devenido de un paisanaje trascendido en la afectividad, la ciudadanía donde la espiritualidad borra las diferencias y hace del mundo un lugar para la

¹Interesante, el nombre Gregorio deriva del griego *egregorien*, que significa vigilante. En el Libro de Enoc designa a los ángeles que han jurado vigilar y defender el monte Hermon: "Enoc, hombre justo a quien le fue revelada una visión del Santo y del cielo

convivencia, la utopía esperanzadora para la construcción de nuevos destinos y compromisos.

Las disímiles categorizaciones alrededor de José Gregorio Hernández Cisneros, abren múltiples posibilidades de interpretación, generalmente orientadas hacia la parte científica, mística o de entrega al prójimo, unas veces recurriendo peligrosamente a la anécdota para referir acontecimientos y situaciones que en algún momento puedan ser especulación acomodaticia para determinados fines muy alejados de la esencia que animó la acción emprendida por el personaje en cuestión. En tal sentido, surge la interrogante: ¿a cuál esencia? debemos referirnos al momento de intentar un acercamiento a Hernández Cisneros fuera de las convencionalizadas dimensiones de médico, santo o solidaridad extraordinaria.

Quizá una de las respuestas a la anterior interrogante esté contenida en las propuestas de Martin Heidegger, al relacionar la esencia con el origen en cuanto atribución de significación, por ende, de acción. Al respecto, el filósofo alemán, acota: “Origen significa aquí aquello a partir de donde y por lo cual una cosa es lo que es y como ella es. Lo que algo es, como algo es, lo denominamos esencia. El origen de algo es su esencia” (2010:7). En tal sentido, en la esencia radicará la autenticidad, más aún, correspondida con la existencia humana, representa la *totalidad del Ser* encarnado en la libertad deparada por la voluntad a regir la acción en busca de los predios trascendentes desde donde es posible auto-reconocerse en el *sí mismo* o fuente determinante para establecer los sentidos de pertenencia consigo y los otros.

De allí que, ese reconocimiento implica una concienciación sobre la pertenencia a espacios más allá de lo físico-geográfico, al estable-

pronunció su oráculo y dijo: la visión del Santo de los cielos me fue revelada y oí todas las palabras de los Vigilantes y de los Santos y porque las escuché he aprendido todo de ellos y he comprendido que no hablaré para esta generación sino para una lejana que está por venir”. Que asociado etiológicamente a Hernández Cisneros, lo podemos relacionar con la entidad vigilante por el cumplimiento de los designios de Dios en los planos terrenales, la palabra a permanecer suspendida en el tiempo inmemorial para servir de mensaje imperecedero a los que vendrán. Donde ser vigía de la fe en Dios, es sinónimo de vitalidad y vigor no sólo para sí, sino como reflejo profundo del Sí encarnado en el otro.

cer rutas de acceso a los ejes argumentales soportados en la espiritualidad, ese espacio de la enunciación que permite establecer relaciones de significación a partir de particularidades filosófico-existenciales para definirse actor dentro de diversos conglomerados, tal cual ocurre con José Gregorio Hernández Cisneros, quien en todo momento impuso en su acción cotidiana, la espiritualidad a modo de consustancialidad de un Ser que siempre se sintió instrumento de una fuerza divina para honrarla en los más sencillos actos, las rigurosas prácticas médicas, místicas, o de solidaridad con el otro.

Ese grado de conciencia lo convierte en un Ser de excepción con una impresionante capacidad de entrega y convencimiento sobre su misión terrena, naturaleza que lo eleva a una condición de *superhombre cristiano*, acepción utilizada por Mario Briceño-Iragorry para referirse a la amalgama entre santidad y actividad social conjuntadas por medio de las prácticas espirituales. Aun cuando no se refiere específicamente a Hernández Cisneros, lo describe de una manera admirable:

Este tipo ideal de un hombre perfecto lo ha compendiado el cristianismo en la figura albísima de sus santos, vestidura virtual que puede lograr en medio de las actividades sociales toda criatura que ello le induzca. Es el hombre vencedor de sí mismo, de su propia naturaleza inferior, sacrificada en aras del mundo nuevo, de una jerarquía que conduce a planos angélicos. Tal estado no se halla en oposición con las vías prácticas que ejercita la sociedad como llevaderas a fines materiales. No hay divorcio entre el “santo”, como un tipo de aspiración individual, y el hombre llamado a cumplir un deber social (Briceño, 1983: 320).

La llamada vestidura virtual por Briceño-Iragorry, denota la transmigración del plano terrenal a una dimensión simbólica suprasensible caracterizada por la plurivocidad referencial para otorgar a quien ha trascendido esos planos, una connotación excepcional que no le es ajena, pues forma parte de una acción consuetudinaria llevada a cabo por la voluntad férrea que hace de la esencia individual, un ejemplo para el colectivo, ejemplo de templanza y desafío a las miserias humanas que pululan a su alrededor, haciendo cada vez más exigente el reto

de desafiar la convencionalidad para desplegar la santidad en cualquier oportunidad y circunstancia. Pues ella no es simple instrumento de adoración, sino una forma de vida, una filosofía de vida, ejemplo palpable de comportarse según los preceptos cristianos convertidos en práctica diaria.

Es propicia la ocasión para destacar que la santidad no es simple atribución institucionalizada por un órgano rector, sino parte de una condición excepcional manifestada en la cotidianidad para otorgar la referencialidad significativa fuera de lo común, todo un proceso constituyente de lo extraordinario sin caer en lo fantástico, sino en la manifestación de una acción a ser percibida mediante miradas regidas por la subjetividad trascendente. A modo de ilustración de lo dicho, traigo a colación una anécdota contada por Hernández Cisneros a su amigo Santos Dominici en una carta enviada desde Maracaibo en 1918:

Había un hombre que tuvo una fractura de fémur, y, por haberlo mantenido cerca de cuarenta días en un aparato inamovible de madera, tuvo una inmensa escara de decúbito; había que tenerlo enteramente desnudo y lavarle constantemente la úlcera, y en la cara de la hermana que lo asistía vi tanta santidad durante la cura que tuve deseos de venerarla como si estuviese ya canonizada.

Las anteriores consideraciones permiten ir delineando la constitución de un Ser extraordinario, capaz de alimentar su esencia profundamente humana para alentar caminos, cosechar propósitos y objetivos, reconocerse instrumento divino para hacer de la existencia una metáfora de convicción y servicio que justifica su tránsito terreno, al dejar grabada su travesía sobre los muros del tiempo con la tinta indeleble de la sensibilidad, ese hermoso hilo de plata que le permite redimensionarse de generación en generación, renovarse con cada sentido de la vida y el sufrimiento del prójimo que esperanzado lo invoca en la cercanía de las penurias y las necesidades. Particularmente en esta dialéctica del socorro, la esencialidad de la figura de José Gregorio Hernández Cisneros tiene la capacidad de metamorfosearse, hacerse común a cada individualidad evocante para crear nuevas articulaciones significantes que lo instituyen como pluralidad simbólica, al otorgar una corporeidad

que va más allá de la representación física para traslucirlo en un espacio donde la cotidianidad adquiere halos de santidad.

He allí el punto de partida para intentar hallar a José Gregorio Hernández Cisneros en su más conspicua autenticidad y lección permanente de voluntad por alcanzar los propósitos de vida siempre articulados en función de una convicción filosófica muy particular, donde la esencia “es aquello en virtud de lo cual un ser es lo que es”². En tal sentido, la razón lógica de la estructuración del mundo de las cosas y del mundo del sujeto, está apostillada por la significación a corresponderse en un momento determinado con la interpretación sobre determinado referente. Así que, la esencia por una parte es impulsora de acciones, y por otra, el principio para comprender los mecanismos e instrumentaciones de causalidades generadas por un sujeto o circunstancia en particular. Esta segunda dimensión, la podemos determinar a manera de eje argumental con una sólida base para emprender estudios serios y profundos sobre determinado tema que apele a la subjetividad trascendente a manera de centro significativa.

En tal sentido, la esencia de José Gregorio Hernández Cisneros es determinantemente filosófica, atenazada a una filosofía de la voluntad como el principal sustento de su acontecer y acaecer en el mundo terreno. De esta forma lo deja expresado:

De este análisis deducimos que lo que constituye la esencia del acto voluntario libre, no es el conocimiento del acto, ni el juicio que sobre él emite la inteligencia, sino la determinación de la voluntad. La realización exterior nada añade al acto libre, y aun a veces las circunstancias exteriores, independientes de la voluntad, pueden impedirla, sin menoscabo del acto libre que es esencialmente interior.

Al respecto, quiero enfatizar este acercamiento argumental desde la esencia del *humano ser* anclado a una *filosofía de la voluntad*, escasamente estudiada a pesar de representar el centro generador de toda la vida y obra de José Gregorio Hernández Cisneros, pues en ella radica

²Todas las referencias textuales de José Gregorio Hernández Cisneros fueron tomadas de las Obras Completas, editadas por la Universidad Central de Venezuela, en 1968.

el impulso vital para reconocerse instrumento de la voluntad divina, mediador entre la palabra salvífica y la acción terrenal para reconocerse en el privilegio de la conciencia regida por la sensibilidad trascendente que lo hizo transmigrar de los planos físico-geográficos, para penetrar en las más herméticas fuentes de la escritura mística y mostrar el espíritu transcendido en su plenitud. El espíritu como alegoría de muchos otros que en el convencimiento místico, han dedicado su vida y obra al servicio de Dios encarnado en el prójimo que sufre.

Sobre esta filosofía de la voluntad está soportada toda su vida y obra, es una acción existencial que va más allá de cualquier retórica académica y queda subyacente en su libro *Elementos de Filosofía*, (1912), bajo el perfil de la concienciación del Ser sobre sus objetivos, fines y propósitos en función de la trascendencia que no se limita a una instancia divina o a la terrena, sino a la convergencia de ambas en la acción a modo de concreción de lo intangible en hechos circunscritos a un espacio sociohistórico. En un intento por conceptualizar, es preciso apuntar hacia una *filosofía de vida* fundamentada en la concienciación del Ser en sus circunstancialidades existenciales; para José Gregorio Hernández Cisneros, la “filosofía personal, la suya propia, la que ha de ser durante su vida la norma de su inteligencia, aquella de la cual ha de servirse para poder existir como pensador”. Ese pensar-reflexionar permite la transfiguración del hombre ‘rústico’ en hombre de ‘espíritu cultivado’, para de esta manera establecerse la singularidad característica de cada quien.

Acá es imprescindible recordar los postulados de Emmanuel Kant sobre «cogito ergo sum» para significar la importancia de “existir como pensador”, principio para auto-reconocerse Ser fuera de las limitaciones cognoscentes. Este tipo de existencia refleja la manifestación de un *SentiPensar* que permite la amalgama de espíritu y ciencia para la revelación de la *HumanoCiencia*, a modo de filosofía de vida. En este aspecto, sentir es consustancial con existir, tal cual lo propone el filósofo francés Jean Paul Sartre al hacer una adecuación a la propuesta kantiana para resaltar que:

La conciencia no es la realización de una posibilidad: surge en el seno del ser, crea y sostiene su propia esencia.

La conciencia existe por sí y no tiene causa. La existencia pasiva -la de un sujeto que no actuase- es impensable. Renunciando a la primacía del conocimiento, hemos descubierto el ser del cognoscente y encontrado lo absoluto. Un absoluto no-sustancial (2005: 11).

De este modo, surge el Ser trascendente quien representa la responsabilidad y compromiso en su acontecer y acaecer, una manifestación de la libertad del sentir con respecto a una voluntad para hacer lo que le dicte la conciencia en función de la justificación de su existencia. De una existencia justificada en la necesidad de existir para *Sí* a partir de un mundo primordial a manera de base inalienable para soportar su devenir existencial. Para José Gregorio Hernández Cisneros, un altísimo porcentaje de su conciencia está soportada por los insumos católicos recibidos en su hogar, el lugar de la formación de la dimensión empírica a irse transformando a medida que se constituyen los espacios significantes a través de la relación sujeto-mundo. Allí podemos ubicar el 'hombre rústico' o punto de partida para la generación de una filosofía de vida.

Este hombre rústico es la materia maleable a convertirse en propósito de la voluntad del Ser para alcanzar sus propuestas existenciales, a través del cultivo del espíritu como herramienta de la transfiguración en 'hombre cultivado', la materialización de la esencia convertida en acción, sacrificio y entrega. A decir de Hernández Cisneros: "En él, como en el hombre inculto, la elaboración de su filosofía ha de hacerse lentamente, casi laboriosamente, dolorosamente la mayor parte de las veces". En este sentido, hay un claro acercamiento a los planteamientos del filósofo belga Maurice Maeterlinck, para quien: "Ya llegará un momento en que toda su alma surja del dolor como agua y pura"; pues el dolor para José Gregorio Hernández Cisneros implica una filosofía de vida, encarna lo trascendente. En su caso, convivió con el dolor y el sufrimiento a manera de purificación para ingresar a los predios de Dios, el dolor como metáfora del hombre y su redimensión en la tras-

endencia de consolarlo, aliviarlo y ofrecerlo a la deidad transformado en diezmo por la salvación de la humanidad³.

De esta forma, el Ser trascendente asume la vida como práctica filosófica para delinear caminos a colectivizarse con la suma de voluntades alrededor de un mismo objetivo, sin perder la autenticidad depurada por los mundos primordiales, esa fundante presencia del espíritu a transmigrarse en acción, convertirse en práctica de vida reflejada en un instancia trascendida por los actos de los oferentes. Es concebir la práctica filosófica en una vocación que involucra un colectivo fortalecido por las individualidades comprometidas desde la sensibilidad telúrica a modo de morada del Ser:

El alma venezolana es esencialmente apasionada por la filosofía... Esta filosofía me ha hecho posible la vida. Las circunstancias que me han rodeado en casi todo el transcurso de mi existencia han sido de tal naturaleza, que muchas veces, sin ella la vida me habría sido imposible. Confortado por ella he vivido y seguiré viviendo apaciblemente.

Tácito reconocimiento del Yo y sus circunstancias como dialéctica particular que requiere ir a las dimensiones intrasubjetivas del Ser para encontrar las claves detentadoras de la significación alineada, en principio, alrededor del mundo primordial, para luego irse nutriendo de la esencia forjada por la voluntad. En el caso particular de José Gregorio Hernández Cisneros, no es tarea fácil, pues es ir a su libro *Elementos de Filosofía* para encontrar en medio de una erudita disertación sobre filosofía universal, los constituyentes de la acepción sobre su vida y la confortación en los principios cristianos, para otorgar un valor testimonial que debe tenerse muy presente al momento de intentar acercamientos argumentales sobre él. Esta atribución testimonial la podemos apreciar en una carta dirigida a Santos Dominici, el 20 de febrero de 1.912, donde expresa: "Para todo el mundo ese libro no es otra cosa que un resumen banal de filosofía, pero a ti te confieso que esa pequeña obra

³Según sus biógrafos, José Gregorio Hernández Cisneros ofreció su vida porque acabara la I Guerra Mundial, a su término, afirmó: "Ahora sé que voy a morir pronto porque Dios Aceptó el sacrificio que le ofrecí: darle mi vida con tal que se acabara esta guerra tan cruel". Un diezmo inigualable en favor de la humanidad, solo proveniente de una voluntad enfocada en el bien y el servicio al otro.

es casi una confidencia, pues en ella están tratadas las cosas que más he amado en mi vida; son mis más caros afectos que lanzo a la calle”.

Sobre esta base filosófico-existencial es posible detallar el principio básico que rige la vida y obra de Hernández Cisneros y, explica su actitud frente al diario devenir, siempre encausada desde la dimensión espiritual como punto de referencia central de su formación, ejercicio profesional y proyección comunitaria, donde la espiritualidad cobija todas las acciones y proceder con la intención de servir al otro como reflejo de la existencia divina y, no sólo en una actitud mística, sino de buscar mejorar las condiciones científicas en el país. Según él: “Ningún hombre puede vivir sin tener una filosofía. La filosofía es indispensable para el hombre, bien se trate de la vida sensitiva, de la vida moral y en particular de la vida intelectual”.

Con la anterior referencia, es propicia la oportunidad para insistir sobre la trascendencia espiritual en una dimensión tan escabrosa como la científica, o por lo menos, con las orientaciones que le han dado académicamente de ‘dura’ para acercarla al más simplista racionalismo, desplazando el orden sensible de su práctica. No obstante, en la filosofía de vida de José Gregorio Hernández Cisneros, el ejercicio intelectual es una herramienta para contribuir al desarrollo nacional y fortalecimiento de la asistencia médico-científica, porque con respecto a ella, es imprescindible enfocarla en la diversificación entre la investigación-docencia y la atención al paciente desde donde deriva parte de su vinculación mística. En el campo docente, formó parte de una pléyade de maestros en el arte de la medicina que ejercía su labor en medio de un contexto con profundas carencias e insalubridades. Esta generación científica demuestra un sólido compromiso con los intereses colectivos para enfrentar los retos de la época. Por su parte, Hernández Cisneros renueva la medicina científica con la introducción en el país del microscopio y la práctica docente en diferentes cátedras de la Universidad Central de Venezuela: Histología Normal y Patológica, Fisiología Experimental y Bacteriología.

Huelga destacar la vocación de José Gregorio Hernández Cisneros por los más necesitados a quienes dedicó una particular atención a

través del ejercicio de la medicina, actividad que fue más allá del diagnóstico y tratamiento de enfermedades, pues fue además el campo fértil para poner en práctica la caridad y llevar aliento al necesitado a través del conocimiento científico y la palabra de Dios. Una muy valerosa evidencia de la conjunción del espíritu y la ciencia como hallazgo de la voluntad divina en una actividad práctica, tangible, para reconfortar y reconfortarse en las dimensiones de la solidaridad y entrega. Bajo este acercamiento al otro en su cotidianidad, surge la atribución de *médico de los pobres*, para crear un vértice de la ciudadanía sensible y establecer un sistema argumentativo a partir de testimonios de sanación, tanto en su tiempo, como en los actuales a través de su intersección mística que le ha valido la elevación a los altares en condición de beato.

Esta práctica de Hernández Cisneros es muy semejante a lo preconizado por Santo Tomás en cuanto a la contingencia de las cosas finitas al estar éstas estructuradas por la composición metafísica: esencia/existencia. Ante esta finitud que amenaza al Ser, existe una instancia imprescindible a la que llama Dios. Lo cual, es interpretado de la siguiente manera por José Gregorio Hernández Cisneros:

Es evidente que el mundo está compuesto de sustancias o cuerpos que tienen existencia actual, pero que podrían muy bien no existir, luego son contingentes. [...] Los seres contingentes pudiendo existir o no, no tienen en el mismo la razón de su existencia, sino que han de tenerla en un ser necesario. [...] Es así que existen los seres contingentes, luego ha de existir el ser necesario. [...] Este ser necesario es Dios. [...] Luego Dios existe.

Además de esta cercanía argumental, existe una puesta en práctica de los principios de Santo Tomás en cuanto a la caridad, éste la consideró la *perfección de la voluntad*, representando la virtuosidad de quien la practica, la manifestación del amor a manera de elemento perfecto del Ser en su conciencia de la trascendencia de la existencia. Una forma de hacer tangible el amor divino latente en el espíritu humano, consustancial al hombre y sus acaeceres, desde la perspectiva del *doctor angélico*: “La voluntad es la raíz de la libertad, como sujeto suyo”,

para hacer de éste, dueño de sus actos. Al mismo tiempo, esta voluntad constituye una ciudadanía sensible⁴ para establecer puentes con la divinidad por medio de la consustanciación de principios y propósitos, de allí todos los correlatos que tiene la noción de voluntad con respecto a los designios de la deidad, tan elocuentes en estas palabras de Jesús de Nazaret: “Todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre”.

Conviene subrayar esta antecendencia de la conciencia espiritual, para enfatizar su peso argumental al momento de enfocar la dimensión científica de José Gregorio Hernández Cisneros, definirlo en función de una *HumanoCiencia*, que logra conjuntarse en una vocación supeditada a la voluntad de servicio como manifestación de los más denodados principios cristianos, la manera de honrar la presencia divina en su vida. En este aspecto, el conocimiento científico va a impregnarse de sensibilidad trascendente para convertirse en dimensión profundamente humana, al vencer las aparentes barreras entre espíritu y ciencia para hacer del hombre el más ideal mediador entre el *conocer* y el *hacer* pensado a través de la vocación de servicio y entrega al otro.

Además que en su concepción filosófica, logran conciliarse dos teorías legendariamente antagónicas: el creacionismo y el evolucionismo. Es completamente falso como han afirmado algunos biógrafos, que se oponía a los planteamientos darwinianos. En tal sentido, es imprescindible recordar sus criterios al respecto:

La segunda hipótesis es la teoría llamada de la evolución universal o aplicada especialmente al hombre, la doctrina de la descendencia. Esta hipótesis es mucho más admisible desde el punto de vista científico, es decir, que teniendo en consideración los hechos observados hasta hoy, relativos a esta materia, explica mejor el encadenamiento de los seres

⁴Dentro de esta ciudadanía sensible es preciso acotar el padrenuestro a modo de reiteración de la voluntad divina: “PADRENUESTRO que estás en el cielo,/santificado sea tu nombre;/venga a nosotros tu reino;/hágase tu voluntad/en la tierra como en el cielo”. Que en el caso de José Gregorio Hernández va a convertirse en un hallazgo a través de la práctica de su *HumanoCiencia*, la forma de complementar su actitud contemplativa y de oración permanente con la caridad y solidaridad con el otro.

que pueblan el mundo, y pueden armonizarse perfectamente con la revelación.

‘Armonizarse con la revelación’ implica reconocer ambas hipótesis para intentar dilucidar el enigma desde la interrelación del espíritu con la ciencia para establecer las consiguientes lógicas de sentido, unas con demostraciones tangibles, otras soportadas por un acto de fe y convicción de una voluntad radicada en la subjetividad trascendente. Hace coincidir lo aparentemente irreconciliable a partir de la siguiente reflexión:

Como vemos esta doctrina de la evolución concuerda perfectamente con la verdad filosófica y religiosa de la creación a la vez que explica admirablemente el desarrollo embriológico de los seres vivos, la existencia en ellos de órganos rudimentarios, la unidad de estructura y la unidad funcional de los órganos homólogos. La misma generación espontánea nada tiene de opuesto a la creación, pues muy bien puede admitirse que reunidos convenientemente los cuerpos minerales que han de constituir el cuerpo vivo. Dios concurra para animarlos, así como una vez que están reunidos el óvulo y el espermatozoide de la manera natural. Dios termina la formación del hombre, creando el alma que ha de animarlo.

Para él, en el hombre siempre habrá un hallazgo divino que además de otorgar identidad sensible, provee de vitalidad para existir desde las confluencias del alma a modo de elemento concomitante que hace trascender a los hombres de la instancia puramente físico-simbólica, a la corporeidad sensible. Esa presencia no tangible, pero demostrable a través de la caridad y cumplimiento de los preceptos cristianos, forma parte de la complementariedad de la visión científica; para él:

Y por otra parte, la doctrina de la descendencia recibe de la creación un grado de verosimilitud sorprendente, porque ninguna inteligencia bien equilibrada no podrá nunca admitir que por pura casualidad las fuerzas físico-químicas, que necesitan dirección, hayan podido, en las distintas par-

tes del mundo, y en los distintos siglos, producir todos los hombres con una estructura y una organización siempre las mismas; es decir, con el mismo número de partes óseas en su esqueleto, con músculos y nervios enteramente idénticos, con igual número de órganos y de aparatos; y no solamente con todas las partes del cuerpo necesarias para el funcionamiento de él absolutamente iguales, sino que hasta los órganos rudimentarios, inútiles para el individuo, están presentes en todos los hombres, revelando la identidad de los individuos de la raza humana, y manifestando claramente que sin la intervención divina, el mundo es completamente inexplicable para la ciencia.

Estos criterios de José Gregorio Hernández Cisneros, llegan a balancear los contrarios para el surgimiento de la *unidad* existencia, o punto de concilio del hombre con la humanidad percibida a través de la mirada unificada de caridad y entrega. En él, muchas perspectivas enunciadas desde la filosofía alcanzan la más ejemplar concreción, tal es el caso de las consideraciones de Merleau-Ponty, sobre el soporte sensible de la cientificidad y su conversión en instrumento de reconocimiento del sujeto en sus potencialidades humanas. Al respecto, el filósofo francés aduce:

Es necesario que el pensamiento de ciencia -pensamiento de sobrevuelo, pensamiento del objeto en general-. Se vuelva a situar en un “hay” previo en el sitio, en el suelo del mundo sensible y del mundo trabajado, tal y como está en nuestra vida; para nuestro cuerpo, no ese cuerpo posible del que fácilmente se puede sostener que es una máquina de información, sino este cuerpo actual que llamo mío, el centinela que asiste silenciosamente mis palabras y mis actos. Es necesario que con mi cuerpo se despierten los *cuerpos asociados*, los otros, que no son mis congéneres como dice la zoología, pero me acechan y a los que acecho, con los que acecho un solo Ser actual, presente, como nunca un animal ha acechado a los de su especie, a su territorio a su medio. En su historicidad primordial el pensamiento alegre e improvisador de la ciencia aprenderá

a posarse en las cosas mismas y en sí mismo, llegará a ser filosofía (2013: 11-12).

Alrededor de la anterior referencia, es de suma importancia para el cometido de esta argumentación, destacar la *historicidad primordial* que sitúa al sujeto en un lugar de privilegio por la conformación de una corporeidad sensible, o mecanismo simbólico por excelencia para manifestarse ante el sí mismo y el otro, a modo de potencialidad significativa que sirva de vivo reflejo de la sensibilidad trascendida en mecanismo de conversión tanto individual como colectiva. Al respecto, la corporeidad sensible otorga un verdadero sentido humano a la aplicación de la ciencia, convertirla en instrumento del hombre para el hombre, y no a la alienante materialidad alentada por los discursos del poder.

Esta presunción del carácter sensible de la ciencia ya lo expresa José Gregorio Hernández Cisneros en sus reflexiones de 1912, porque forman parte de su convicción filosófica como un adelantado a su tiempo que aportó valiosos recursos argumentales para develar enriquecidos horizontes de interpretación. Ello lo podemos apreciar en la siguiente consideración: “Es necesario poseer una formación filosófica, como condición previa al estudio de cualquier materia científica, de manera de ir amoldando todo conocimiento científico a aquella estructura filosófica, sin la cual no deberá admitirse ninguno de aquellos conocimientos, sino condicionalmente”.

Indudablemente, Hernández Cisneros creía en la consustancialidad del hombre con la filosofía devenida de una conciencia existencial para potenciarlo más allá de una simple entidad físico-orgánica, hacerlo ente reflexivo sobre sí mismo y el otro en búsqueda de la complementariedad sígnico-simbólica a irse acrecentando a medida que se configura el Ser. En este sentido, nos dice: “En el niño observamos que tan luego como comienza a dar indicaciones del desarrollo intelectual, empieza a ser filósofo; le preocupa la causalidad, la modalidad, la finalidad de todo cuanto ve”. Bajo esta perspectiva es recurrente la presencia de la esencia filosófica para la diferenciación entre el hombre rústico y el de espíritu cultivado, pues en ella descansa la conciencia existencial y su imprescindible regencia en las acciones del hombre, al dejar de ser un simple objeto biológico para transfigurarse en potencia reflexiva.

Todas estas consideraciones llevan a replantearse las conceptualizaciones de la filosofía a modo de ejercicio solitario o supeditado a las ágoras académicas, para presentarlas como un reto del hombre frente a sus circunstancialidades y las capacidades reflexivas desde el sí mismo como centro significativo que privilegia las relaciones intra e intersubjetivas a modo de vinculantes de las acciones y su convergencia comunicativa. Más aún, en tiempos del Covid-19, el virus que hace evidente la vulnerabilidad de la humanidad a pesar de la ostentación armamentista y poder de destrucción de las grandes potencias, mamotretos silenciados frente al terror de una población obligada a recluirse en sus espacios domésticos para intentar salvaguardarse de la amenaza.

Esta pandemia que acorralla la humanidad, hace cada vez más grandes las brechas sociales para enrostrarle al hombre las consecuencias de las cegueras ideológicas y las prepotencias de los discursos del poder obcecados por la explotación del otro, con la apropiación de la riqueza tanto material como espiritual y condenarla a ser simplemente una noción de felicidad que nunca llegará, pero es utilizada para seguir manipulando descaradamente. Con la pandemia, la guerra y la migración, han caído las máscaras de la hipocresía para develar los verdaderos rostros que han secuestrado la humanidad en sus propios laberintos, aunque también surge la esperanza por el afloramiento de voluntades dispuestas a redimensionar los caminos, objetivos y propósitos; por ejemplo con la educación, que no solo recalque lo cognoscente, sino motive miradas sobre el forjamiento de una filosofía de vida.

Estos tiempos requieren de un reconocimiento del sujeto en sí mismo y el otro a modo de complementariedad, por ello es un ineludible deber educar para la vida, no con un sentido utilitario para estimular la producción y luego desechar al hombre luego de su explotación. Deben fortalecerse los valores humanos de solidaridad, tolerancia y equidad, donde los preceptos espirituales sean una práctica y no simples teorías especulativas colindantes con los ideales irrealizables.

Vivimos tiempos que claman porque los santos bajen de los altares para hacerse verdaderos guías en medio de la oscuridad y desesperación, ahora más que nunca necesitamos de la filosofía de José Gregorio Hernández Cisneros para hacernos fuertes y determinantes ante

los vientos de guerra y las desgarradoras consecuencias de la migración que muestran la ausencia de la sensibilidad, quien sume al hombre en las más profunda orfandad. Es tiempo de rescatar el espíritu densamente romántico de Hernández Cisneros para conjuntar lo científico y lo humano, convocar la HumanoCiencia para fortalecer las ciudadanías empáticas sustentadas por la conciencia y el autoreconocimiento del sujeto en su quehacer cotidiano. Connotaciones de ciudadanías para hacer más explícito el sentido de pertenecía a través de la sensibilidad, y de allí, apuntar hacia la acción trascendente del sujeto con respecto al acontecimiento.

En el caso específico de José Gregorio Hernández Cisneros, son formas de aprehender el mundo más allá del mero conocimiento con la incorporación de la sensibilidad comprometida como vínculo fundacional de la triada: Dios-voluntad-hombre misericordioso, para instituir la existencia a modo de ejemplo y dechado de virtudes. De allí que la vida y obra de este excepcional Ser, va a transfigurarse en acción didáctica orientada hacia la formación de valores soportados en la esencia del hombre consciente de su labor terrena fuera de las limitaciones físico-orgánicas, las cuales son desafiadas por el espíritu trascendente para elevarlas a su máxima potencia significante. Enseña con el ejemplo, sin aspavientos teóricos o petulancias académicas, logra hacer de la cotidianidad el gran espacio educativo para aleccionar con la pureza del espíritu.

Esta pedagogía de la cotidianidad permite la labor docente más allá de las aulas universitarias a las que consagró buena parte de su esfuerzo profesional, con su práctica de vida hace visible la imagen de la deidad, a cada momento la figura de Dios es develada en el prójimo sufriente como un recurso para la sanación más allá de lo biológico. Además, su visión apunta hacia la ciencia en el país que necesita de apuntalamiento tecnológico para salir adelante y ponerse a la par de los eventos científicos que permitan superar las precarias condiciones de los más necesitados y potencialmente desasistidos. Y esa no es una labor a prescribir con un tiempo o espacio histórico, ella es actividad permanente a trascender y perpetuarse a manera de horizonte válido para poder hablar de progreso y desarrollo de la humanidad. Ahora en tiempos de pandemia, guerra y migración, ese camino señalado por

José Gregorio Hernández Cisneros hace del compromiso un reto cada vez más exigente.

Ya lo advertía Mario Briceño-Iragorry al señalar a Hernández Cisneros a modo de ejemplo imperecedero para la juventud de cualquier época, pues al parecer, el tiempo avanza pero las historias parecieran reciclarse en los mismos referentes alentados por la materialidad e inequidad:

En esta era de indiferencia religiosa y de abandono de los credos salvadores, tener vivo en el espíritu de la juventud el ejemplo de Hernández es ofrecerle luz segura y firme ruta; para una colectividad donde por carencia de ejemplares abundan los tibios y son tantos los que viven ayunos de verdadera comprensión religiosa, la vida meritoria de este santo seglar tipifica anhelos de perfección y es norma de actividades útiles. El ciudadano perfecto, el varón de hogar intachable, el sabio siempre respetado, el maestro admirado, que a todos estos merecimientos supo agregar la sencillez de un espíritu perdurablemente niño y el tesoro de una fe pura y clara, llamado está a vivir como un símbolo de perfeccionamiento en el corazón del pueblo que recibió el beneficio de su albura (1991: 210).

Entonces, la honra no debe provenir de las loas o estallidos conmemorativos que se quedan en la celebración festiva de rimbombantes ceremonias que pudieran cercenar el verdadero sentido de la vida y obra de Hernández Cisneros. Para él, la historia no puede seguir siendo un museo donde se guardan bajo celosas arcas la iconografía ausente de significación, su obra es testimonio de fe y esperanza, manifestación del espíritu trascendido en la voluntad aferrada a la subjetividad trascendente como refracción de la voluntad divina materializada en una filosofía hecha vida, o más bien, la vida constituida en conciencia del Ser sobre su figuración terrena en función de un ideal. Para él, el ideal cristiano a modo de flama permanente de toda su actividad que supo transformar los espacios cotidianos en el lugar de convergencia entre lo sagrado y lo terreno, al constituirse en mediador de lo finito a lo trascendente a través de su ejercicio médico-científico, de entrega a

su prójimo, pero por sobre todas las cosas, en la palabra mística, potencialmente creadora de mundos irreversiblemente esperanzadores ante las carencias de la humanidad.

JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ CISNEROS: CABALLERO DE LA FE

Transitados los anteriores caminos argumentales, me valgo de la caracterización de Sorën Kierkegaard para atribuir a José Gregorio Hernández Cisneros una titularidad de excepción al denominarlo: *Caballero de la fe*, y a través de ella, situarlo en las dimensiones de la palabra creadora como instrumento para hacer brotar todo un manantial poético que intenta describir la esencia sensible que impulsaba su acción cotidiana. Con esta denominación insisto en la trascendentalidad devenida de los planos terrenos y, no una etiqueta otorgada por institucionalidad alguna, porque Hernández Cisneros es santo por su conciencia sobre la acción terrena como mecanismo para alcanzar la gracia divina, pues forma parte de su esencia impulsadora de una voluntad diversificada en las dimensiones desarrolladas en los apartes precedentes, y atadas a un recurso unificador: la fe.

Esta particular unidad legitimante de la acción del sujeto deseante, lo lleva a vivir su espiritualidad de una manera plena e intensa, sin más compromiso que el establecido consigo mismo mediante una mirada trascendida en todos los planos de su vida, patentizada en el deseo de servir incondicionalmente a Dios. De esta forma, la fe para Hernández Cisneros es una mirada hecha verbo y acción; discurso contenido en una acción comunicativa bifurcada entre el sí mismo, el prójimo y la deidad como forma de interpretar la esencia existencial en la materialización de una filosofía sustentada por la voluntad divina, hecha diario convivir hacia los caminos de la santidad. Esa voluntad bondadosa de la divinidad representa para José Gregorio Hernández Cisneros, el mayor legado al hombre para desarrollar modelos de perfección y acercamiento a lo trascendente a modo de espejo para mirarse en la proyección de los más nobles y paternos propósitos. Así, para él: “La santidad, que es el esplendor en el amor y la justicia. Por la cual quiere que el orden esencial de las cosas sea conservado”.

En este sentido, la fe representa la convergencia de la voluntad del oferente con la voluntad divina. Es espacio significante que permite transmutar cualquier lugar en escenario místico para el encuentro con la divinidad y la consiguiente transformación de la realidad en hecho trascendente. Esta particularidad de la oración consuetudinaria en José Gregorio Hernández Cisneros, es un recurrente paréntesis en sus actividades diarias para encontrarse con Dios a través del verbo hecho acción. En función de esta amalgama fundante de la esencia espiritual del santo de sombrero y el pulcro vestir, he considerado prudente llamarlo *Caballero de la fe*, pues la denominación en palabras de Sorèn Kierkegaard destaca que “toda experiencia humana que no tenga conciencia de sí misma en cuanto espíritu ante Dios. Toda existencia humana que no se base de un modo transparente en Dios. Toda vida semejante no es más que una desesperación” (1969: 101).

Según estas consideraciones, para el *Caballero de la fe* el centro generador de toda significación debe ser Dios en su más genuina trascendencia que tiene como punto de partida la voluntad del oferente de entregarse sin reservas a su convicción espiritual. De allí que:

¡Se ha hablado mucho sobre desperdiciar la propia vida!
Sin embargo, no hay nada más que una vida desperdiciada,
la del hombre que la vivió todo engañado por los placeres
y aflicciones de la vida, la del hombre que jamás llegó a
ser consciente de sí mismo en cuanto a espíritu, en cuanto
y, eterna y decisivamente, o lo que es lo mismo, que ja-
más llegó a ser consciente y alcanzó en percibir en lo más
profundo que Dios existe y que “él mismo”, su propio yo,
existía delante de este Dios (Kierkegaard, 1969: 71).

El Ser constituido en *Caballero de la fe* mantiene estrechos vínculos con Dios a partir de un acto individual soportado por la voluntad a transfigurarse en conocimiento trascendente o forma de vida, de allí que la filosofía bondadosa asumida por el oferente, es una convicción y no simple artificio teórico o cumplimiento utilitario de preceptos religiosos, es el accionar de la fe a modo de concienciación de la labor terrena de determinada persona en función de la voluntad divina. De esta forma, es conteste con los planteamientos del filósofo danés que:

“la filosofía no puede ni debe darnos la fe” (1996: 26). En todo caso, la filosofía es consustancial a la acción del hombre, su ‘asertividad’ frente al mundo y la materialización de la voluntad, son herramientas para honrar la divinidad.

En este sentido, la fe es la reafirmación incondicional del Ser consigo mismo y la deidad, el vínculo tan personal e íntimo que va a crear condiciones muy específicas de comunicación y tributo, la creación de una ritualidad articulada desde la cotidianidad para romper barreras espaciales y hacer de la presencia de Dios un ejercicio constante. Dentro de esta ritualidad ‘doméstica’, la soledad reflexiva es uno de los mecanismos a implementarse para el establecimiento de espacios de la enunciación que permitan ingresar a los predios de la contemplación mística como la forma más representativa de encontrarse consigo mismo en presencia de la divinidad, pues la fe es un acto profundamente individual y, “quien echa adelante por el estrecho sendero de la fe, no podrá encontrar a nadie que pueda darle una mano, que pueda comprenderle” (Kierkegaard, 1995: 56).

Ahora bien, convenida la fe a manera de espacio enunciativo, ésta configura un plano de la representación en el cual el Ser manifiesta una acción trascendente, fuera de toda corporeidad física para materializarse en la dimensión afectivo-subjetiva del cuerpo sensible o trascendido por medio de la encarnación del verbo divino como punto de partida de la conexión terreno-divina. Indudablemente, esta acción es impulso a materializarse en los planos terrenos a partir de una lógica de sentido generada desde la voluntad, la voluntad hecha pasión que trasciende lo corporal y llega a “instalarse en la fe, que siendo irrebasable, constituye la más alta pasión del hombre” (Kierkegaard, 1995: 104). Por medio de esta pasión, hombres como José Gregorio Hernández hallan explicación a su existencia mediante la fe en Dios y la voluntad de servir a Él, rasgo fundamental para denominarlo *Caballero de la fe*, enmarcarlo dentro de una condición excepcional que nunca se aleja de su vinculación comunitaria, pues según los preceptos de Kierkegaard, representa una homología entre la manifestación de la más conspicua espiritualidad y la inserción dentro de los espacios colectivos. De allí que: “se divierte un poco, participa en todo, y cada vez que se le ve intervenir en lo particular lo hace con esa tenacidad que es más típica

del hombre mundano cuyo espíritu está apegado a semejantes cosas circsmundanas” (1995: 31).

El *caballero de la fe* interconecta lo cotidiano con lo trascendente bajo la conversión de la fe en voluntad, da finalidad a su existencia por medio de una filosofía del sentido que conecta los propósitos del creyente consigo mismo, la deidad y el prójimo. Esta fe es la que permite superar cualquier limitación o cercenamiento objetivo-racionalista de los contextos socio-históricos; es el impulso depurado por una lógica subjetivada para lograr la asertividad reflexiva como generadora de sentido, que a través de la convicción, funda los soportes esenciales de la espiritualidad, en la cual: “La elección en sí misma es crucial para la conformación de la personalidad: a través de la elección, la personalidad se sumerge en lo que se está eligiendo, mientras que cuando no hay elección la personalidad se atrofia” (Kierkegaard, 2006 64).

Además de la vinculación con la divinidad, la fe involucra un acto de profunda convicción que vence el tradicionalismo de creer en Dios simplemente cumpliendo una serie de actividades más sociales que espirituales. Convicción que en José Gregorio Hernández Cisneros, encuentra la mayor concreción al ser el más fehaciente ejemplo de fortaleza espiritual y entrega devocional al prójimo como hallazgo de la voluntad divina en la práctica terrena. Esta particularidad devela el proceso de conversión trascendente propio de un Ser de excepción, enteramente consciente de su rol existencial, terreno y finito, sostenido por una filosofía voluntariosa y de servicio al otro ante la presencia de lo divino.

En momentos, esa vocación de servicio y entrega a la deidad pareciera insuficiente para Hernández Cisneros en su empeño por hacer cada vez más definitiva y total esa intención, lo que lo lleva a intentar ingresar a las órdenes sagradas. Más allá de la anécdota y el dato histórico, esta intención está plenamente definida en sus textos de vocación mística, los cuales fueron publicados en su totalidad en la revista cultural, artística y literaria *El cojo ilustrado* que circuló en Caracas entre 1892 y 1915. Estos textos responden a la corriente del Modernismo, signados por el manejo de la prosa simbólica, buscando transparentar los vuelos del espíritu y su concreción en imagen consustanciada con

las dimensiones trascendentes de las regiones etéreas que permiten simbolizar el mundo desde otras representaciones.

Alrededor de estas regiones etéreas, es posible plasmar planos enunciativos paralelos a la realidad a través de la evocación mística, que hace posible la convergencia de los preceptos filosóficos particulares para conjuntar lo humano y lo divino. En el caso de Hernández Cisneros, la posibilidad del éxtasis trascendente forma parte de su mundo primordial: “Más si alguno disfruto a pesar de todo, antes que a la filosofía, la debo a la Religión santa que recibí de mis padres, en la cual he vivido, y en la que tengo la dulce y firme esperanza de morir: Le responderé que todo es uno”. Religión y filosofía de vida conforman la unicidad del Ser, ambas conducen a la paz interior; ambas hacen posible la manifestación de la triada Dios-Filosofía-Hombre misericordioso, para constituir la conciencia del Absoluto.

En los textos de elevación mística, Hernández Cisneros materializa la *voluntad estética* al intentar representar lo intangible a través de la supremacía del espíritu por sobre todas las cosas. Tal es el caso de la impresión causada en él, por el mundo cartujo al cual intentó pertenecer y que lo marcó definitivamente, tal cual lo reconoce en carta enviada a Santos Dominici el 7 de octubre de 1912:

Lo que en la Cartuja encontré supera toda descripción. Vi allí la santidad en grado heroico y te puedo asegurar que una vez visto ese espectáculo lo demás de la tierra se vuelve lodo. [...] Y en ese lugar celestial tuve yo la dicha de vivir nueve meses. Pero sucedió lo que era natural que sucediera al que, cegado por la pretensión y apoyado por su vanidad, había emprendido tan alto vuelo.

Ahora veamos este mismo referente trascendido a la creación estética, para apreciar el ‘vuelo’ del espíritu desdoblado en palabra ensoñada, profundamente conmovida para palpar la realidad desde otras dimensiones:

De aquella ignorada región de la tierra, de aquel rincón bendecido del mundo, se elevaba un canto celestial. No

parecía formado de voces humanas, y hubiérase creído que alguno de los coros angélicos lo entonaba. Compuesto solamente de voces, sin ningún acompañamiento de orquesta, la frase musical estaba formada por una melodía grave y pausada que en algunos momentos parecía un lamento, un sollozo o una súplica, pero que en otros instantes tomaba los grandiosos acentos de un himno triunfal. En mi alma se despertaban emociones del todo semejantes a la expresión sensible de aquel canto, que me traía el recuerdo de dulces días, de días serenos y apacibles de mi vida, quizá pasados para siempre. La aparición me habló con voz emocionada y me dijo: “Es el himno cartujano que noche y día sube al cielo a pedir misericordia por el pobre mundo. En el desierto viven esos seres como ángeles formando el jardín privilegiado de la Iglesia”.

La anterior referencia pertenece al texto, *Visión del arte* (1912), donde el espíritu ha trascendido a través de la escritura ensoñativa para acrecentar la visión del enunciante ante la magnificencia del acontecimiento, ese acontecimiento experimentado como Fray Marcelo en su breve estancia en el mundo cartujo, pero que lo marcó definitivamente en su actitud mística y acendramiento de la fe. La utilización de un lenguaje supraindividual para mediar entre la realidad presente y la contingente, e intentar hacer tangible el ideal que persigue en su ejercicio místico, servirse de un imaginario estético para plantear el encuentro de lo humano y lo divino como homología de la voluntad, la voluntad a modo de unión indisoluble para reflexionar desde las dimensiones del espíritu creador, superando las simples herramientas ornamentales para dejar que lo trascendente fluya y alcance su máxima expresión.

Bajo esta singularidad de un apostolado cotidiano, José Gregorio Hernández Cisneros reconoce en Dios el espíritu de lo infinito y el único camino que conduce a la superación de todos los límites individuales o colectivos, donde la libertad de amar a Dios es el único mecanismo para superar los vacíos del mundo ordinario, el sin-sentido de la humanidad que la conduce a su propia destrucción. Allí todas las facetas de su vida y obra convergen en la fe para fortalecer la voluntad de servicio y conversión, el más genuino reconocimiento como *humano ser* que

adquiere potestad significativa en la esencia espiritual, cuando es capaz de encontrar dentro de sí mismo la voluntad divina transfigurada en acción tangible y relevante.

En esta manera ejemplar de filosofar la vida, cualquier espacio de la cotidianidad es oportunidad para la reflexión y contemplación mística, es el centro unificador de la actividad del Ser de excepción que impulsó la caridad y entrega para aliviar el dolor, las angustias espirituales y necesidades económicas de su prójimo. Toda una consagración ante Dios y los hombres para labrar el camino hacia la santidad, una santidad más allá de sus milagros, forjada en el plano terrenal e impulsada por una fe en grado superlativo. He allí la evidencia del ‘hombre cultivado’ que combina las facetas de científico, médico, místico, en una ciudadanía sensible enmarcada por la fe y la actitud trascendente de enfocar su vida contemplativa hacia el logro de propósitos terrenos representados por los “más humildes y limpios de corazón”.

Un verdadero *Caballero de la fe* que nunca pierde contacto con la realidad terrena para hacer de la práctica diaria, una complementariedad de su conciencia trascendente que conjunta todas las facetas en la unicidad espiritual o esencia significativa. He allí la evidencia del hombre de espíritu cultivado y la asunción de su práctica humana como complementariedad de su conciencia trascendente. *Caballero de la fe* que hace de su vida un verdadero apostolado apostillado por la fe y la voluntad bondadosa, forjador de su propia concepción filosófica advenida del mundo primordial sólidamente apuntalado por la presencia de Dios, su único objetivo y propósito a perseguir. Ello lo hace ejemplo fehaciente de la transitabilidad del espíritu en la superación de las temporalidades y sesgos sociohistóricos. José Gregorio Hernández Cisneros, *Caballero de la fe*, representa la conjunción del espíritu y la ciencia en una voluntad donde Ser y acción se conjuntan para simbolizar a través de la conciencia trascendente devenida de la presencia divina.

CONCLUSIONES

En este recorrido argumental, he intentado por todos los medios llamar a José Gregorio Hernández Cisneros por su nombre, dejando a un lado las convencionales denominaciones de doctor o santo, por-

que la pretensión apuntó hacia la develación de un Ser profundamente humano, al hombre que trascendió de la vida ordinaria a los espacios místicos para consagrarse en el encuentro con la voluntad divina a regir sus caminos, orientar sus propósitos caracterizados por la entrega al otro para eternizar de este modo la gloria de Dios en la tierra, hacer de su práctica cotidiana el apostolado forjado desde una filosofía de vida donde la fe, es la prodigiosa herramienta para transformar situaciones, llevar consuelo al necesitado, encontrar la razón fundamental de su existencia.

Toda la dialéctica existencial de Hernández Cisneros está caracterizada por la conciliación de los seres consigo mismos y, las circunstancialidades a través de la esencia espiritual como mecanismo vinculante del hombre con la conciencia de la trascendencia, capaz de transformar realidades a partir de una filosofía de la voluntad. Más aún, cuando se pone de manifiesto la articulación de la palabra y la acción para expresar las operaciones del espíritu en la convergencia de lo específicamente rancio-objetivo y los eventos místicos, o la intuición trascendente capaz de revelar lo intangible, hacer presente la condición divina que habita en el Ser y sólo aflora cuando se hace hallazgo de una mirada profundamente contemplativa, la única capaz de descubrir esos mundos y revelarlos a los otros desde la práctica cotidiana.

Esta perspectiva argumental me lleva a establecer una analogía entre lo activo y lo contemplativo para soportar toda la teorización sobre fe, filosofía de la voluntad y conversión mística de José Gregorio Hernández Cisneros, para quien la vida activa fue profundamente contemplativa, al mismo tiempo, la contemplación fue una actividad constante en medio de la materialidad. Una hermosa amalgama del espíritu y la voluntad que lo hizo trascender de lo específicamente terrenal para ubicarlo en una dimensión de tan complejas significaciones difícilmente agotables en su esencia referencial. La vida y obra de este Ser de excepción es un constante discurso que incita a la acción fundamentada en la trascendencia del espíritu en su capacidad transformadora a través de la práctica diaria, la contemplación consuetudinaria del sí mismo en correspondencia con la presencia divina para confortar la vida con principios trascendentales que han de inscribir en los muros del tiempo la figura de José Gregorio Hernández Cisneros, como el *Caballero de la fe*.

REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA

Briceño-Iragorry, Mario (1993) *Obras completas*. Vol. 18. Caracas: Ediciones del Congreso de la República.

_____ (1991) *Obras completas*. Vol. 14. Caracas: Ediciones del Congreso de la República.

Heidegger, Martin (2010) *Caminos de bosque*. España. Alianza Editorial.

Hernández Cisneros, José Gregorio (1968) *Obras completas*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.

Kierkegaard, Sorèn (1969) *La enfermedad mortal*. Madrid: Guadarrama.

_____ (1995) *Temor y temblor*. Madrid: Editorial Tecnos.

_____ (2006) *O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida*. Madrid: Editorial Trotta.

Merleau-Ponty, Maurice (2013) *El ojo y el espíritu*. Barcelona: Ediciones Gredos.

Sartre, Jean Paul (2005) *El Ser y la Nada*, trad. Juan Valmar, Buenos Aires: Losada